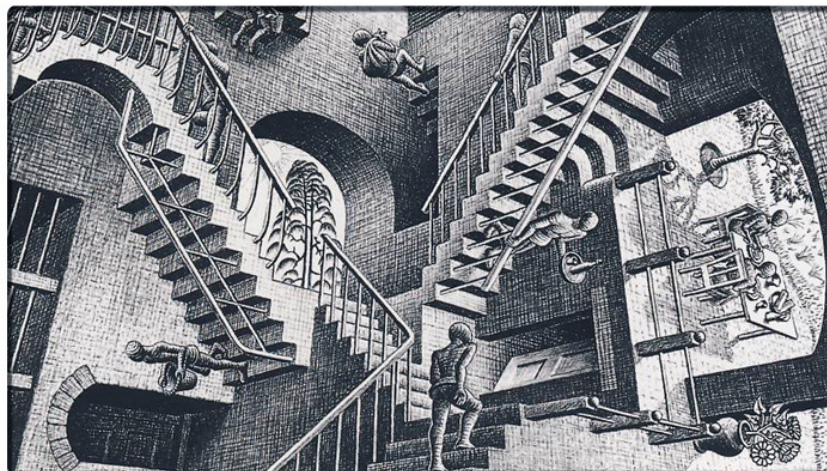


## TERCER COLOQUIO INSTITUCIONAL DE FILOSOFÍA



EN EL MARCO DE LAS  
JORNADAS ACADÉMICAS DEL IEMS  
AGOSTO 2011

“Los retos de la Filosofía en torno a un mundo en crisis”

*Jueves 4 y viernes 5 de agosto de 2011.  
de 11:00 a 15:00 horas.*

*Lugar: Auditorio del Plantel Carmen Serdán (Miguel Hidalgo), Lago  
Ximilpa 88, Col. Argentina Antigua, 5386-7806*

# Instituto de Educación Media Superior del D.F.

Plantel Tláhuac “José Ma. Morelos y Pavón”

Ciclo Escolar

2011-2012 A

## Tercer Coloquio Institucional de Filosofía en el marco de las Jornadas Académicas

*“Los retos de la Filosofía en torno a un mundo en crisis”*

Agosto 2011

### Mesa 1

*La educación filosófica en los bachilleratos del siglo XXI*

*(Se piensa la necesidad de reflexionar sobre la educación en un contexto posmoderno, las Tic, la educación por competencias, la visión reflexiva de totalidad frente a la especialización, fragmentación y dispersión, racionalidad vs inmediatez)*

### Ponencia

*El diálogo como un instrumento de liberación.  
La importancia del diálogo en la clase de Filosofía*

### Autora

Ana Lilian Rodríguez Villafuerte

### Correo electrónico

[analilianrodriguez@yahoo.com.mx](mailto:analilianrodriguez@yahoo.com.mx)

## Resumen

*Sólo en cuanto diálogo  
la palabra es esencial al hombre*

*Heidegger*

El propósito del presente trabajo es reflexionar sobre la importancia del diálogo como fundamento del ser, como fuente de construcción personal y generador del mundo tal cual lo conocemos, pero también como posibilidad de inventar otro distinto.

En el diálogo y a través del diálogo los seres humanos nombramos la naturaleza y la convertimos en mundo. A través de la palabra damos cuenta del quehacer que nos define. La palabra hace patente que no estamos solos, aislados en el mundo, la palabra nos comunica, nos pone en contacto, nos da la oportunidad de saber del otro, de lo que es y lo que espera.

Con el diálogo se fundan los valores porque es a través de la palabra como manifestamos nuestros éthos y con él un conjunto de valores que trazan rutas vitales, que determinan usos, costumbres y preferencias.

Es preciso destacar y no desestimar la responsabilidad implícita en el lenguaje, en el habla. Con la palabra, dice Heidegger, corremos el peligro de ocultar al ser. Somos pastores del ser y por ello es preciso aquilatar el lenguaje como el más peligroso de los bienes. En el lenguaje está implícita una responsabilidad estética y moral.

De ahí que sería importante considerar la clase de filosofía como un espacio privilegiado para el diálogo que nos permite conocernos a nosotros mismos, reconocernos en los otros y dar cuenta del mundo y sus peripecias. El diálogo marca el camino de la emancipación, de la posibilidad de abrirnos a la conciencia de un hacer que se funda en valores y a partir del cual podemos acceder a la más plena acción comunitaria.

La clase de filosofía no puede reducirse a un monólogo en el que el docente hace gala de sapiencia; la principal tarea de la educación filosófica es formar espíritus libres y reflexivos, capaces de resistir a las diferentes formas de propaganda, de fanatismo, de exclusión e intolerancia. Esto sólo es posible cuando las y los jóvenes se reconocen dueños de sus palabras, cuando son capaces de dar voz a sus inquietudes y a sus ideas sobre el mundo y la vida.

La filosofía es la base de una educación liberadora que permite dar voz a quienes por distintos motivos son excluidos, relegados, adoctrinados. Por ello el diálogo debe ocupar un lugar privilegiado en la clase. Es preciso acompañar a los estudiantes a descubrir lo que son capaces de decir, a aprender a escuchar a los otros y ser capaces de asombrarse ante el otro y su verdad. El diálogo es el instrumento por excelencia para la construcción de una sociedad de personas capaces de pensar por sí mismas y de construir con los otros una auténtica ciudadanía.

## El diálogo como un instrumento de la liberación.

La Importancia del diálogo en la clase de Filosofía

*Sólo en cuanto diálogo  
la palabra es esencial al hombre*

Heidegger

El propósito del presente trabajo es reflexionar sobre la importancia del diálogo en la clase de filosofía, pero no entendido como una simple herramienta pedagógica, sino en su dimensión ontológica como posibilidad de emancipación y construcción del propio ser. El diálogo como fuente de construcción personal y generador del mundo tal cual lo conocemos, pero también como posibilidad de inventar otro distinto.

En el diálogo y a través del diálogo los seres humanos nombramos la naturaleza y la convertimos en mundo. A través de la palabra damos cuenta del quehacer que nos define. La palabra hace patente que no estamos solos, aislados en el mundo, la palabra nos comunica, nos pone en contacto, nos da la oportunidad de saber del otro, de lo que es y lo que espera. Para que se dé la conciencia es necesario nombrar y ser nombrado.

Con el diálogo se fundan los valores porque sólo a través de la palabra, del logos es posible formular la pregunta clásica de la ética ¿Quién soy? Conocerse a sí mismo es el punto de partida de un conjunto de valores que trazan rutas vitales, que determinan usos, costumbres y preferencias.

Es preciso destacar y no desestimar la responsabilidad implícita en el lenguaje, en el habla. Con la palabra, dice Heidegger, corremos el peligro de ocultar al ser. Somos pastores del ser y por ello es preciso aquilatar el lenguaje como el más peligroso de los bienes. En el diálogo está implícita una responsabilidad estética y moral.

No en balde Pablo Freire que nos dice: “La existencia, en cuanto humana, no puede ser muda, silenciosa, ni tampoco nutrirse de falsas palabras sino de palabras verdaderas con las cuales los hombres transforman el mundo. Existir humanamente es pronunciar el mundo, transformarlo...”

Los hombres no se hacen en el silencio, sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión...

Más, si decir la palabra verdadera, que es trabajo, que es praxis, es transformar al mundo, decirlo no es privilegio de algunos hombres, sino derecho de todos... El diálogo auténtico no puede verificarse en una relación de dominación, el diálogo es por sí mismo un acto de liberación...”

A la luz de estas reflexiones les invito a pensar la clase de filosofía como un espacio privilegiado para el diálogo que nos permite conocernos a nosotros mismos, reconocernos en los otros y dar cuenta del mundo y sus peripecias. El diálogo marca el camino de la emancipación, de la posibilidad de abrirnos a la conciencia de un hacer que se funda en

valores y a partir del cual podemos acceder a la más plena acción comunitaria.

La clase de filosofía no puede reducirse a un monólogo en el que el docente hace gala de sapiencia; la principal tarea de la educación filosófica es formar espíritus libres y reflexivos, capaces de resistir a las diferentes formas de propaganda, de fanatismo, de exclusión e intolerancia. Esto sólo es posible cuando las y los jóvenes se reconocen dueños de sus palabras, cuando son capaces de dar voz a sus inquietudes y a sus ideas sobre el mundo y la vida.

La filosofía es la base de una educación liberadora que permite dar voz a quienes por distintos motivos son excluidos, relegados, adoctrinados. Por ello el diálogo debe ocupar un lugar privilegiado en la clase. Es preciso acompañar a los estudiantes a descubrir lo que son capaces de decir, a aprender a escuchar a los otros y ser capaces de asombrarse ante el otro y su verdad.

El diálogo es el instrumento por excelencia para la construcción de una sociedad de personas capaces de pensar por sí mismas y de construir con los otros una auténtica ciudadanía.

El diálogo en la clase se puede suscitar a la manera socrática a través del cuestionamiento, pero no de un cuestionamiento utilizado para el control y la evaluación, no me refiero al típico cuestionario que el docente aplica después de una lectura o una explicación, me refiero a una indagación auténtica en la que manifiesto mi interés por lo que el otro tiene que decir, por su interpretación y su visión del mundo.

Algunas consideraciones relevantes:

1. La actividad central del aula debe ser el diálogo en vez de la instrucción.
2. Debe protegerse la divergencia de puntos de vista.
3. El criterio que rija la actuación del profesor debe ser la neutralidad de procedimiento,
4. Los profesores tienen la responsabilidad de mantener la calidad y los niveles medios del aprendizaje, o sea, de plantear los criterios para criticar los diversos puntos de vista.

Una clase de filosofía basada en el diálogo y no en la instrucción permite la libre expresión de las referencias previas de los alumnos, la puesta en juego de las perspectivas y prejuicios, y el reconocimiento de una pluralidad de alternativas posibles para contrastar en la investigación sobre el discurso filosófico. No hay horizonte hermenéutico posible sin la manifestación y el reconocimiento de esta pluralidad. Para ello el profesor debe cuidar y proteger la diversidad de puntos de vista, esta diversidad no debe ser obstaculizada por un discurso docente conclusivo, es tarea del profesor ofrecer recursos para que el desarrollo y la contrastación de los diferentes puntos de vista sean posibles.

Aunque se antoja que la práctica dialógica es una cosa sencilla en realidad es necesario preparar el camino para que ésta sea posible. Es necesario construir un clima en la clase que fomente el respeto y sobre todo la autoconfianza. Casi siempre las primeras experiencias en las que se pretende impulsar el diálogo en la clase de filosofía obtienen como única

respuesta el silencio por parte de un auditorio acostumbrado a escuchar y tomar apuntes. El que tiene que enseñar cree que debe y puede hablar, y cuanto más consistente y sólido sea su discurso tanto mejor cree poder comunicar su doctrina. Este es el peligro de la cátedra que todos conocemos. La incapacidad para el diálogo está aquí en el profesor, y siendo éste el auténtico transmisor de la ciencia, esa incapacidad radica en la estructura monologal de la ciencia y de la teoría moderna.

Para los estudiantes es sumamente difícil pasar de la actitud receptiva del oyente a la iniciativa de la participación. Les han convencido a través de los años de domesticación escolar que su papel es el de permanecer lo más quietos posible, apuntar, si pueden, y en el mejor de los casos repetir, cuando se les indique, lo que el maestro ha dicho.

El diálogo se construye pues, poco a poco, con una actitud de auténtico interés en lo que los alumnos y alumnas tiene que decir. Es necesario tomar en cuenta que nuestros alumnos en clase están haciendo sus primeras experiencias en la realización de operaciones formales o en el desarrollo del pensamiento abstracto; y que, desde el punto de vista social, a diferencia de cuando eran niños, reconocen a los demás como seres complejos e incluso contradictorios, que comienzan a ser capaces de valorar alternativas, que intentan ser autónomos en sus decisiones y a la vez reconocen la importancia de las normas, que tienen una compleja vida interior y que, en muchos casos, esa complejidad es proyectada en la percepción del mundo. Que, en definitiva, están abocados a la reconstrucción de una identidad que entró en crisis cuando comenzaron a dejar de ser niños y eso genera en ellos temor e inseguridad.

Es importante no perder de vista que los cursos de filosofía tienen por finalidad fundamental la investigación reflexiva que los alumnos puedan realizar sobre sus propias referencias o esquemas previos de pensamiento, que de alguna forma podrían ser considerados pre-filosóficos en el sentido que en ellos pueden identificarse el germen o las posibilidades –también los obstáculos– para el desarrollo de un pensamiento crítico y creativo.

La consecución de esta finalidad necesita de un contexto educativo que facilite la expresión del pensamiento de los alumnos y lo sitúe como materia privilegiada de investigación filosófica. Los contenidos de la tradición filosófica se redefinen como instrumentos efectivos para la dinamización de este proceso de expresión y de reflexión crítica.

Si en realidad queremos que los alumnos se animen a hablar, es necesario practicar por parte del docente la “escucha activa”, la cual genera las condiciones de posibilidad para la expresión, y al mismo tiempo recoge aquel material compuesto por las referencias de los alumnos que le permitirán desarrollar su rol de “posibilitador” de la investigación filosófica.

La escucha activa consiste en prestar especial atención a la forma en que discurre el pensamiento de los alumnos, su originalidad y capacidad creativa, su potencia (o capacidad para ofrecer soluciones), las contradicciones o incoherencias que puede presentar, sus estereotipias y prejuicios, sus posibilidades internas para poder acceder a ideas nuevas.

Esto no significa que se debe dejar a un lado los textos, los autores o los temarios, en definitiva la enseñanza del pensamiento filosófico históricamente reconocido. Más que en “dejar a un lado” se debería pensar en “abrir” el discurso de la tradición filosófica.

Ofrecer los contenidos como preguntas o problemas, más que como teorías afirmadas y concluidas. Instrumentalizar a los textos y a los autores para ayudar a articular y enriquecer el discurso propio de los alumnos. En suma, recuperar la función problematizadora, característica de la actividad filosófica.

Se trata no sólo permitir que el otro diga, sino también crear las condiciones de posibilidad para que el otro, al decir sobre lo que ya ha pensado –es decir, sobre lo que se ha dicho a sí mismo–, despliegue la conciencia reflexiva sobre su propio acto de pensar; cosa que, lejos de ser una mera replicación –nunca nada se repite–, es construir un conocimiento nuevo.

Desde Sócrates sabemos que el diálogo o la conversación son la vía regia para el pensamiento. Ésta es una actividad en la que los alumnos suelen ser muy poco diestros. La conversación incluye escuchar atentamente, valorar aquello que se escucha, compararlo con el pensamiento propio, extraer conclusiones, responder; y todo ello es pensar.

Todo esto nos hace pensar que la riqueza o la calidad del diálogo en clase, desde un punto de vista filosófico, no puede ser medido por el grado de participación verbal de los alumnos en general, ni tampoco siquiera por la calidad formal de su desarrollo –aunque esto último sea decisivo para conseguir una calidad de contenidos–, sino más bien en la medida de su aportación a la construcción de conocimientos nuevos, a ese plus de producción intelectual, que generalmente es difícil de detectar o de medir, pero que puede expresarse en indicios significativos como ciertos gestos de asombro o de satisfacción, también en la formulación de nuevas preguntas, o sencillamente en la continuación que a veces se produce del debate más allá del espacio formal de la clase.

Para desarrollar un auténtico espacio de diálogo es preciso romper con ciertas prácticas como:

- Atención prioritaria a las ideas propias, y desatención a las ideas de los demás. En realidad el diálogo o la conversación, inicialmente es vivido como debate o como contienda, de allí que lo prioritario es mostrar seguridad en las intervenciones y saber defender las propias ideas.
- En consecuencia, generalmente no hay mucha curiosidad por lo que los demás puedan aportar, o interés para contrastar las ideas propias y rectificarlas si fuera necesario.
- Poca flexibilidad respecto de las posiciones propias. La actitud ante el diálogo es la de defender posiciones, no intercambiar ideas, y mucho menos de construir pensamientos de manera colectiva.

- Frontera difusa entre el cuestionamiento a las ideas y el cuestionamiento a las personas. Los desacuerdos pueden ser vividos como afrentas personales.
- Dificultad para mantener una línea continuada de contenidos. Se suelen mezclar, enlazar y superponer, unos temas con otros, de tal manera que sin darse cuenta se encuentran al cabo de poco tiempo hablando de cosas que no tienen nada que ver con el punto de partida.
- Dificultad para retener argumentaciones previas y relacionarlas con las nuevas. El diálogo no es vivido como un continuo progresivo en el que cada argumentación puede permitir un ascenso dialéctico hacia ideas mejores.
- Facilidad para centrar las intervenciones en los contenidos anecdóticos. Cuando se proponen ejemplos es frecuente que la discusión se desplace al contenido de los ejemplos y se abandone la idea que el ejemplo pretendía ilustrar.

Dadas estas dificultades subjetivas de los alumnos también es importante considerar aquellas condiciones digamos objetivas, es decir que dependen del modelo o de la orientación didáctica, para que en un contexto de investigación filosófica se pueda avanzar en la calidad del diálogo. Señalaré dos aspectos que considero importantes: un diálogo filosófico no busca únicamente posibilitar la expresión del pensamiento de los alumnos, sino promover un trabajo reflexivo y crítico sobre este pensamiento; y una dinámica radial, en la que todas las intervenciones están dirigidas a y son respondidas por el profesor, puede reflejar una clase formalmente muy participativa, pero no sería una situación de diálogo como tal.

La idea es que el aula se convierta en una verdadera comunidad de cuestionamiento, como propone Lipman, en la cual se dan relaciones horizontales, es decir la comunicación se da entre todos por igual sin que prevalezcan jerarquías.

La clase de filosofía es el espacio ideal para fomentar esta práctica que permitirá a los alumnos y alumnas adquirir cada vez más confianza en sí mismos, corregir errores lógicos, aprender a argumentar, practicar el análisis y la síntesis, además de conocer desde una perspectiva distinta a aquellos con los que cada día comparte un espacio en el que juntos construyen una nueva identidad.

## Bibliografía

5. Freire, P. (1967) La educación como práctica de la libertad. Argentina, Paidós
6. Gadamer, H. (1975), Verdad y Método I, Salamanca: Ediciones Sígueme.
7. Heidegger, M (1980) Arte y poesía. México, Fondo de Cultura Económica
8. Lipman, M. (1991), Pensamiento complejo y educación, Madrid: Ediciones de la Torre.